

# TESOROS OLVIDADOS EN LOS LIBROS

*Los libros de una biblioteca guardan en su interior historias que no se pueden buscar en los catálogos ni en las estanterías sino que llegan solas y por casualidad a las manos del bibliotecario, como si de mensajes en una botella se tratasen. Gracias a los variados objetos olvidados entre las páginas de un libro podemos crear mil y una historias sobre aquellos que disfrutaron de su lectura con anterioridad. Puede parecer un tanto romántico, pero ¿por qué no entretenerse imaginando otras vidas, otras esperanzas, otras ilusiones a través de los tesoros dejados por los lectores dentro de los libros?  
Románticos, pasen y lean.*

*Sin saber qué contestar, iba a prosternarme, lo cual debe agradar lo mismo a dioses que a los reyes, al no suponerles compromiso alguno, que un incidente vino a dar un nuevo rumbo a la conversación.*

*Advertimos la presencia de un grasiento pergamino que, soltándose del libro, vino a caer al suelo.*

*Mi tío se arrojó sobre aquella baratija con el ansia que se puede comprender. Un antiguo documento, reservado desde tiempo inmemorial en un libro antiguo, no podría dejar de tener para él un altísimo valor...*

**Viaje al centro de la tierra**  
**Julio Verne**

Solo los que tenemos el vicio de coleccionar todo tipo de cosas que para otros son invisibles podemos entender la relación de seducción que se establece con esos objetos que día a día vamos guardando. Muchos, sobre todo los que nos rodean, piensan que tanto *chisme* no sirve más que para acumular cachivaches en casa, poco menos que como Diógenes. No les quito la razón, pero la verdad es que la tendencia a guardarlo todo o casi todo es una adicción de la que cuesta mucho desengancharse. Por este motivo los coleccionistas vamos haciendo acopio de posavasos, chapas, tarjetas magnéticas, sellos, monedas, llaveros, marcapáginas y un sinfín de curiosidades que auto convertimos en pequeños tesoros no medibles en dinero pero sí en sentimientos.

No resulta extraño, por tanto, que trabajando en una biblioteca en la que se pasan horas y horas en compañía de los libros, la curiosidad se apodere de nosotros y lo que en principio pudiera parecer una anécdota, con el tiempo llega a convertirse en un hábito, una conducta diaria. Sí, me refiero a la costumbre de husmear entre las páginas de los libros que los usuarios han devuelto o los que se encuentran reposando en las estanterías desde hace años, aquellos del Servicio Nacional de Lectura, que todavía los hay...

Buscamos trozos de vida dentro de los libros, *polizones* olvidados por los usuarios, pequeñas joyas que al igual que para el profesor Lidenbrock, protagonista de *Viaje al centro de la tierra*, no dejan de tener un altísimo valor para algunos bibliotecarios. Muchos colegas curiosos entenderán la emoción o, mejor, el gozo que se siente cuando vemos que hay algo dentro de un libro, que ya saben que por pequeño que sea siempre deja un espacio entre las páginas que se puede observar a simple vista. A veces son improvisados marcapáginas, objetos que tenemos al alcance de la mano en el momento en que leemos un libro. Otras veces pueden ser papeles u objetos que se



guardan a posta con el fin de ocultar o recordar más adelante y que luego no se sabe dónde se colocaron, y si no que se lo digan a aquel incauto que olvidó dos preservativos dentro de un manual de medicina del siglo XVI ubicado en la universidad de Salamanca ¿se acuerdan?

Hace años que voy desenterrando y acumulando estos utensilios cómplices de las lecturas de



otros y que en nuestras manos dejan de ser mudos para hablarnos de quienes disfrutaron de esos libros con anterioridad. Esas huellas inverosímiles dejadas por los lectores se transforman en pistas a partir de las cuales se pueden imaginar historias ajenas, intimidades de otros que ni siquiera conocemos. Es el valor adicional de los libros de una biblioteca, que guardan en su interior una segunda historia jamás contada gracias al descuido de los lectores.

Siempre he querido organizar esta singular colección de voces ajenas clasificándolas según *la materia* -deformación profesional, creo. Separaba por un lado los objetos relacionados con la flora; por otro los recibos bancarios y facturas; los recortes de prensa; las fotografías varias; los anuncios de publicidad; los prospectos de



medicamentos; las cuentas del supermercado; los billetes de tren, autobús o metro; las anotaciones varias de números de teléfono o direcciones postales; los envoltorios de bombones, caramelos o chicles; los calendarios de bolsillo; las entradas a museos, cines, teatros... Pero la falta de espacio hizo que este intento de organización y ordenación fuera una misión casi imposible. Igual que para la confección de este artículo, que he debido seleccionar algunos de los hallazgos si no quería que todas las páginas de este número de la revista estuviesen dedicadas a mi colección. Veamos cuáles son y qué nos pueden decir sin palabras.

Comencemos por una de las cosas más habituales: las flores secas. Si la persona que las encontrase fuese un botánico seguro que trataría de determinar el nombre de la planta, su estructura, la especie... Los bibliotecarios o amantes de los libros lo vemos desde otra óptica, la de la imaginación, la de un posible desengaño que



perdura dentro de un libro, cobijado de un amor pasado pero siempre recordado. Quizá estas páginas hayan durado más que el amor que guardaban en su interior. Una flor marchita, una rosa arrancada en un parque desconocido siempre delata secretos de algún adolescente, ¿pudo ser para conquistar, para reconciliarse con la pareja? Si se guardó como recuerdo, seguro que fue por alguno de estos motivos ¿por qué no?

Camuflados también solemos encontrar papeles doblados torpemente que son capaces de devolvernos vivencias ya dormidas o ilusiones de otros que no sabemos si llegarían a cumplirse. Me refiero a recortes de publicidad o de *propaganda* como se solía decir. Uno de los más llama-

*Hace años que voy desenterrando y acumulando estos utensilios cómplices de las lecturas de otros y que en nuestras manos dejan de ser mudos para hablarnos de quienes disfrutaron de esos libros con anterioridad.*

tivos que he encontrado ha sido el del Seat 131. ¡Qué buen coche, con cuatro puertas y con un amplio maletero! El sueño de muchos españoles de la época. Comprarse un coche de esta categoría sería un acontecimiento para nuestro lector anónimo y seguro que despertaría la envidia y la admiración de todo el barrio. Qué amplitud en comparación con otros coches más pequeños

que tampoco todos podían tener, como eran el 850 o el famoso 600, ¿lo recuerdan? Lástima que ahora solo se vean en rallies...

Y qué me dicen de las etiquetas de productos archiconocidos como la Nocilla. Quizá se guardase esa etiqueta para recordar que en la próxima compra del super habría que reponerla, o a lo mejor la idea proviene de un nostálgico que la guardó en el libro porque al verla le vino a la cabeza aquello de *leche, cacao, avellanas y azúcar...* En mis tiempos tomar una rebanada de Nocilla en la merienda era casi un premio del que no podíamos disfrutar todos los días. Hoy contamos con miles de competidores que sustituyen a la merienda pero no me podrán discutir que para los que ya tenemos unos añitos, posiblemente lo mismo que para la persona que se dejó la etiqueta mientras leía, cuando hablamos de este símbolo de la infancia, el de la Nocilla, podemos afirmar que *no hay otra igual*.

*Una flor marchita, una rosa  
arrancada en un parque  
desconocido siempre delata  
secretos de algún adolescente,  
¿pudo ser para conquistar,  
para reconciliarse con la  
pareja? Si se guardó como  
recuerdo, seguro que fue por  
alguno de estos motivos.*

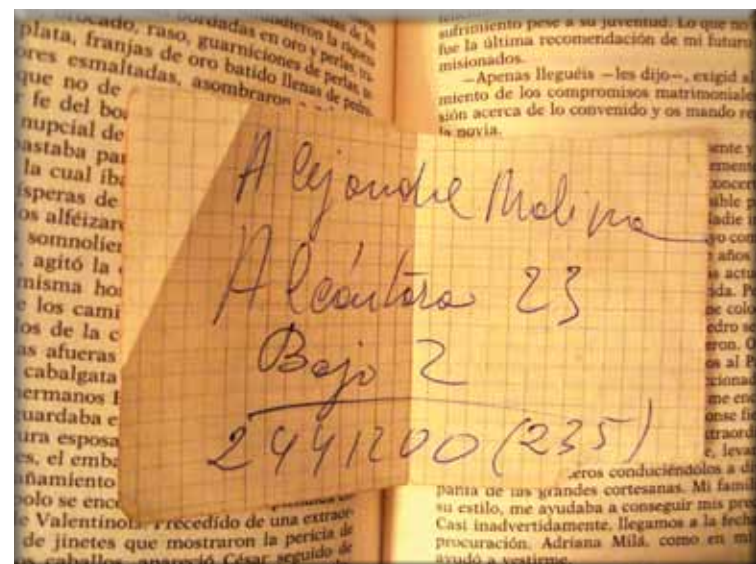
Otro tipo de etiquetas que podemos encontrar son esas que vienen colgadas de un hilo en las bolsitas de té, manzanilla, tila o cualquier otra infusión. Un objeto tan habitual en la vida de cualquiera cobra una dimensión diferente cuando aparece dentro de un libro y, por supuesto, cae en manos de un bibliotecario. En el caso que nos ocupa se trata de una bolsita de tila. Todos sabemos que la lectura, entre otras cosas, sirve para evadirse, para pasarlo bien o entretenerse. Nos imaginamos pues a este lector sentado cómodamente tras la cena en un sillón orejón, con luz tenue y acompañado de una tilita que le ayuda a relajarse, a olvidar las preocupaciones del trabajo, las vejaciones, el egoísmo o los desastres de los que tanto nos hablan los informativos. Seguro que su lectura le proporcionó un placer doble gracias a la infusión...

También damos con un tipo de marcapáginas no muy corriente como pueden ser los envoltorios de chicles, caramelos o bombones. No se puede negar que hallar un papel dorado entre las pági-



nas de una novela no deja de llamar la atención y casi te sientes como Charlie cuando se topó con el billete dorado que le daba acceso a la fábrica de chocolate de Willy Wonka. Pero no demos tanta rienda suelta a la imaginación. No soy tan afortunada como Charlie ni, por desgracia, existe un señor Wonka. El papel dorado al que me refiero es el envoltorio del incomparable, inconfundible Ferrero Rocher, la expresión del buen gusto. A lo mejor quien se lo dejó olvidado también quiso conquistar a sus invitados como lo hace la esposa del embajador y es que, ya saben, *qué haría sin el oro de mi tierra, el oro de mis recuerdos, de mis atardeceres, de mis veladas, el oro de mi Ferrero Rocher...* ¿Les suena esto de algo?

Insignificantes pueden parecer los trozos de papel con nombres misteriosos y números de teléfono apuntados de cualquier manera. Ante estas notas que hacen la función de improvisadas agendas no se puede evitar la tentación de





atrapadas entre las páginas. Tal vez la intención era contar con fotos de una persona especial que estaba lejos pero que, por lo menos, estaría presente mientras se leyera ese libro. Es como buscar en el baúl de los recuerdos y encontrar confidencias y vidas de otros que ahora seguirán un camino distinto.

Y así podríamos continuar describiendo secretos ocultos, intimidades de un momento compartido con los libros, objetos que nos permiten asistir a una especie de tráiler de otras vidas o construir historias que los lectores *invisibles* nunca sabrán y que jamás serán contadas.



intentar adivinar cómo será esa persona de la que solo sabemos su teléfono o su nombre. ¿Será mayor, joven, rubio, moreno, de ojos claros? Este tipo de hallazgos es cada día más escaso puesto que ya no hay humano que no cuente con un teléfono móvil, esa prolongación electrónica de nuestro brazo, donde se guardan cientos de teléfonos de amigos, familiares, conocidos, compañeros de trabajo...

Llamativas son las recetas de cocina recortadas de la prensa o las revistas. Los engranajes de la imaginación comienzan a funcionar y en la mente aparece la imagen de alguien que, como la autora de este artículo, no cuenta con dotes culinarias y ni mucho menos tiene complejo de Ferran Adrià. Ya quisiera. Una receta así serviría entonces para ayudarnos, paso a paso, a preparar algún que otro plato y poder alimentarnos. Pero siendo menos práctica, también puede ser una receta de una lectora que desea sorprender a su pareja en una ocasión especial con una comida o un postre delicioso, porque ya conocerán ese dicho de que *al hombre se le conquista por el estómago*...

Muy comunes son las fotografías sin fecha, amarillentas y de *desconocidos* que se encuentran

Son elucubraciones que forman parte del encanto de pasar gran parte del día entre anaqueles con libros impresos, usados, manoseados y convertidos en entes vivientes. Posiblemente, en un futuro no muy lejano, con el libro electrónico, el famoso e-book, estos encantos tangibles desaparecerán y para entonces puede ser que muchos bibliotecarios lleguemos a decir no sin cierta aflicción aquello de que *cualquier tiempo pasado fue mejor*... ■

**AUTORA:** Jiménez Fernández, Conchi.  
**FOTOGRAFÍAS:** Revista *Mi Biblioteca*.  
**TÍTULO:** Tesoros olvidados en los libros.  
**RESUMEN:** La autora de este artículo evoca el descubrimiento que suponen los variados objetos que los usuarios olvidaron entre las páginas de un libro que algún día leyeron. Se comentan, a modo de ejemplo, algunos de esos detalles que hablan del pasado y también de las personas a quienes pertenecieron.  
**MATERIAS:** Bibliotecas / Curiosidades en las Bibliotecas.